

Para endulzar el agua y la vida

INSTALAN PLANTA DESALINIZADORA EN EL BARRIO RURAL EL SALVIAL, PERTENECIENTE AL MUNICIPIO DE CAUTO CRISTO

Texto y fotos ORLANDO FOMBELLIDA CLARO

El agua en estado químicamente puro no tiene color, olor ni sabor, pero la extraída de las entrañas de la tierra en El Salvial es “salobre, pesada y densa”, aseguran los residentes en esa comunidad rural, de Cauto Cristo, en Granma.

Añaden que con esta no pueden cocinar, pues los granos quedan duros y las comidas se tornan amargas. Los cerca de 500 lugareños utilizan el agua suministrada por el acueducto del lugar, para el lavado de ropa, fregado de utensilios de cocina, aseo personal y de las viviendas.

La requerida para el consumo humano y la cocción de alimentos la acarrea de Monte Alto, distante 13 kilómetros, en pipas tiradas por tractores o en carretones de tracción animal, transportes imposibles de emplear en tiempo de lluvia, porque los caminos se ponen intransitables.

Para “endulzarles” el agua y también la vida, al medio millar de residentes en ese barrio, situado a 44 kilómetros del Centro Urbano de Cauto Cristo, les será instalada una planta de tratamiento y depuración de agua.

A mediados de abril reciente, iniciaron las labores de nivelación del terreno, vertimiento y compactación del material de relleno del área donde será construida la plataforma para el montaje del equipo, que ya se encuentra in situ en un contenedor.

El ingeniero Jorge Luis Fajardo Yero, director de la Empresa de Aprovechamiento Hidráulico Granma, entidad a cargo de la obra civil, explicó a la prensa que la planta es de procedencia española y tiene capacidad para proveer a 500 personas.

Será abastecida por el acueducto local, el cual suministra agua con exceso de sales minerales, debido a las rocas del subsuelo de toda la cuenca del río Cauto. Mediante “un complejo proceso de filtración e inyección de sustancias químicas, denominado como ósmosis inversa, la entregará apta para el consumo humano”, explicó Fajardo Yero.

Funcionará ocho horas diariamente y el agua potabilizada se almacenará en un depósito cercano, denominado punto de fácil acceso, allí acudirán los consumidores a obtenerla.

Si las condiciones meteorológicas, en particular lluvias, no afectan las acciones de construcción y montaje, es posible concluir la obra para julio próximo.



La maestra Yanelis González, con dos de sus alumnas



De izquierda a derecha, los operadores de equipos pesados Manuel Galindo, Roberto Rodríguez y Félix Morales, frente al contenedor dentro del cual están instalados los equipos de la planta desalinizadora

Los operadores de los 16 camiones de volteo, dos motoniveladoras, dos cargadores frontales, dos buldóceros y un compactador, enfrascados en la etapa inicial de la obra, están empeñados en ganar tiempo al tiempo.

“Aquí no tenemos horario para trabajar. Empezamos bien temprano en la mañana, hasta que se pueda por la noche, porque queremos adelantar antes de que empiecen las lluvias”, dice Roberto Rodríguez Vázquez, operador de buldózer.

Los vecinos se alegran de su presencia, conscientes de que su labor es para contribuir a elevarles la calidad de vida.

Uno de ellos, Alexánder Silva, declara: “Esa planta potabilizadora hace una falta extraordinaria, ya que esta es una comunidad apartada, vulnerable, que se incomunica en tiempo de lluvias”.

Yanelis González, maestra de quinto y sexto grado, en la escuela Eduardo García Delgado, expresa: “Aquí la calidad del agua es pésima, no nos sirve para el consumo humano. Con la desalinizadora los moradores de este barrio tendremos un gran avance”.

Un vecino que se identifica solo como Reimundo, de 68 años de edad, nativo de El Salvial, lleva agua fría y café a los constructores, porque ellos hacen para los lugareños “la maravilla más grande que puede tener una población”.

Tiene razón Reimundo, el agua es fuente de vida, sin consumirla el ser humano no subsiste más de una semana, y aunque no tiene color, olor ni sabor, qué delicioso es tomarla fresca, “dulce” y en cantidad suficiente, cuando el cuerpo la demanda.



Reimundo es feliz al ver en proceso de solución un viejo problema del barrio en el que nació hace 68 años



Remembranzas y azares

Por EUGENIO PÉREZ ALMARALES
reperetz@enet.cu

Tiempos, enseñanza y agilidad mental

Hoy los niños hablan mejor que los de su edad hace algunas décadas. El volumen de información que reciben es superior. Lo que antes hacían madres y maestras, hoy tiene la competencia -no siempre leal ni positiva- de las tecnologías y de su globalización.

Asombran los párvulos por su fraseología. Me abruma mi nieto, Rafelito, que aún no ha cumplido cinco años, con muchas de sus expresiones y vocablos que comencé a emplear, si no recuerdo mal, en la Universidad.

Sin embargo, todavía personas mayores y allegadas a la familia recuerdan que andaría Gustavo, en Santa Rita, con unos seis o siete años a cuestas, cuando iba a La Placita, bodega situada frente a la farmacia de Paco Quintana, y pedía:

-Díche mi mamá que le mande un medio de ayo y otro de bolla.

Y el dependiente, solícito, le despachaba al crío un puñado de ajos y otro de cebollas, suficientes para más de un cocinado. Ya lo conocían. En otra circunstancia, se habría ido con las manos vacías, y no solo porque no lo comprendieran.

Creo en la veracidad de las llamadas inteligencias múltiples, teoría del psicólogo estadounidense Howard Gardner, que plantea que no hay una sola inteligencia, sino que estas son diversas y se puede ser brillante en un campo y pésimo en otro.

Maquito, el primo mayor, inolvidable por sus atenciones en cualquier época, no tuvo muchas oportunidades de demostrar en las aulas su talento innato.

Allá, en Guisa, en la década de los años 40 del pasado siglo, en una escuelita pública, la maestra se empeñaba en que mi primo aprendiera a leer, algo que le estaba resultando difícil.

Nos contaba Maquito que, entonces, usaban unas cartillas ilustradas, y acerca de ellas, uno de sus condiscipulos lo alertó de que las imágenes de cada texto tenían relación con él, que si aparecía el dibujo de un caballo, debajo decía la palabra “caballo”.

Tal revelación le pareció genial, a quien luego tuviera una vida de éxito laboral, que concluyó como directivo de Educación en un municipio de La Habana.

En la clase siguiente, volvió la rutina, pero Maquito se había propuesto que le daría una sorpresa a la maestra:

-Marcos, abra la cartilla en la página 12 y lea.

El ágil y tramposo alumno obedeció, miró la imagen, la reconoció inmediatamente y “leyó”:

-Aquí dice, “Las ovejas del cuartel”, maestra.

Respuesta que encolerizó a la educadora.

-¡Marcos, ahí dice “cordero”!

Hizo acopio de paciencia, eso que jamás debemos perder maestros, madres y padres, y volvió:

-A ver, lee la página de al lado.

Maquito buscó, confiando aún en el recurso nemo-técnico que le sugirió su compañero, y se encontró con una ilustración -de una edificación con su techo principal alto- la cual no dejaba lugar a dudas; ahora sí le daría resultado:

-“La descascaradora de café de Guisa”, señorita.

Y la reacción de su educadora lo convenció: debía buscar otra manera de aprender.

Ha pasado tanto tiempo que Maquito no conoció a mi nieto, ni supo de computadoras, ni de DVD, mucho menos de Internet, wi-fi o teléfonos móviles; no obstante, el papel de los maestros, de las madres y los padres, de los abuelos, debe continuar siendo la educación integral de los menores, aunque algunos, a juzgar por lo que vemos, no lo sepan.

El tiempo de educar a los descendientes es siempre. Todo momento es adecuado, por eso, aunque mi nieto sobresale por su agilidad para asimilar conocimientos, buena conducta y nobles sentimientos, le reproché:

-Rafe, no te limpies las manos de la mesa...

Y sin que me diera tiempo a explicarle las razones, tomó la palabra:

-Yo no me estaba limpiando las manos de la mesa, porque eso no se hace. Es feo que los niños se limpien las manos de los muebles. Por eso yo siempre me limpio las manos del pulóver.